

PASADO Y FUTURO
DE LAS CIENCIAS SOCIALES:
EL PESADO FARDO DE LA MODERNIDAD

*Jaime Robert**

Introducción

La década de los ochenta se ha caracterizado por una vorágine atropellada de inusitados acontecimientos en todos los órdenes de la realidad que parecen hacer colapsar las coordenadas sociohistóricas y político-económicas que otrora organizaron el todo social.

Los discursos sobre la realidad, en especial el pensamiento crítico de las ciencias sociales, son sorprendidos e interpelados en su misma razón de ser.

No sólo se trata de dar respuesta a lo que sucede y reconfigurar nuevos horizontes, sino, sobre todo, de legitimar su viabilidad y justificar su evidente invalidez comprensiva y predictiva y fracaso práctico y emancipatorio.

Sí, las ciencias sociales están inmersas en una profunda crisis de identidad que abarca desde el detalle de su programación académica e inserción profesional, pasando por su competencia y pertinencia explicativa y comprensiva y llegando hasta el fundamento mismo del indecible metateórico de su decir posible.

Ellas, que son resultado y condición de; proyecto de la modernidad y cuyo desarrollo ha corrido parejo con el despliegue del Estado moderno, no pueden menos que experimentar directamente en su programación académica y profesional el desvanecimiento de éste -y en particular el desmantelamiento del Estado de responsabilidad social- y el cuestionamiento de aquella.

Crisis de identidad de las ciencias sociales que se magnifica para el caso de nuestras híbridas culturas nativas en donde la modernidad como utopía, más que inconclusa, parece no decidirse a arrancar definitivamente y las ciencias sociales no pasar de simple souvenir inorgánico.

Inmersas en estos cuestionamientos, las ciencias sociales han fracasado en su pretensión de autoconstitución desmitificante del mundo de la vida, y su derivación instrumental amenaza con constituirse en la síntesis final de sus incongruencias.

Una deconstrucción posmodernista de las ciencias sociales, entendida como problematización del proyecto de la modernidad y de los equívocos que generó con las tradiciones que pretendió reducir o superar, puede en estas condiciones constituir la premisa de una perspectiva crítica más amplia que permita abarcar, ahora sí, autorreflexivamente, las diversas interacciones e integraciones entre los niveles, géneros y

* Profesor de la Escuela de Psicología. Universidad de Costa Rica.

formas de la sensibilidad colectiva.

Una deconstrucción en la que es preciso, de cara a la evidencia de su indefensión actual, aprehender las vicisitudes de su discursividad, abrirse al diálogo con los discursos tradicionales y asumir hermenéuticamente una realidad transitoria y escurridiza de la que se es juez y parte, y en especial, tomar conciencia estructural de las condiciones institucionales e idiosincrásicas que, a la manera de un nudo borromeo, delimitan las condiciones de producción de su saber-se posible.

Tal es quizá el único sentido que hoy resulta rescatable en nuestras ciencias sociales del concepto de totalidad y que puede mantener aún vivo el interés por el diálogo con,, la filosofía.

En esta exposición me interesa desarrollar algunas consideraciones sobre el discurso de las ciencias sociales, las estructuras de la realidad sobre las que discurren y las peculiaridades de su sujeto tomadas como un todo estructural y dialéctico.

En concreto, pretendo hacer alusión a las relaciones genético estructurales que la ciencia social guarda con la modernidad, a sus vínculos funcionales con el Estado y nuestras realidades nativas y desde ahí rematar con algunas tesis sobre sus perspectivas futuras.

Las Ciencias Sociales: un proyecto de la modernidad

Las ciencias sociales constituyen, no algo inscrito en el mundo desde sus comienzos, sino un acontecimiento en el pensamiento occidental hecho posible con el reordenamiento general que en su gnoseología significó el asalto de la modernidad.

Las ciencias sociales, más que por una urgencia práctica se han originado por una verdadera mutación arqueológica, que ha destituido la configuración tradicional del saber en nuestras sociedades.

Ellas son hijas de la modernidad, parte sustancial de los proyectos de industrialización y secularización cultural que del siglo XVII al XIX sientan sus reales como ethos europeo.

Prácticas discursivas que se fundan en lo indecible del ideal prometeico, la pretensión cosmológica, la lógica argumentativa, la compartamentalización de dominios prácticos y expresivos y dentro de ésta, la gestación de una correspondiente cultura, crecientemente orgánica, de expertos.

Según Michel Foucault (1966/1968) el mundo de la semejanza de la sociedad tradicional cede al de las diferencias de la modernidad. Las palabras ya no denotan al saber. En los albores del siglo XIX las ciencias tienen en común que elaboran su objeto en un campo cuyos componentes escapan a la observación y que establecen una red de correspondencias de dimensiones múltiples. El saber se desplaza del dominio de las cosas al del sujeto activo; vida, trabajo y lenguaje pasan a constituirse en condiciones del conocimiento. De su indagación nace la posibilidad para el sujeto humano de constituirse

en objeto del saber.

De su lugar en la configuración del espacio epistemológico de la modernidad depende la positividad específica de las ciencias del hombre. En razón de su situación de alguna manera material (dentro del cúmulo de saberes), las ciencias del hombre se apoyan en un conjunto de modelos importados de espacios que ellas mismas no ocupan pero con los cuales están en permanente contacto: encontramos así los términos de función y de normas que la psicología le pide a la biología; de conflictos y reglas que la sociología toma de la economía, y los de sentido y sistema que se extraen de la filología para el estudio de la literatura y de los mitos.

Fundadas en los intersticios de la economía, la biología y la filología y fieles a la imagen de la naturaleza como un conjunto de realidades clasificables o como una concatenación de eventos que se constituyen como causas y efectos unos de otros, las ciencias sociales procuran alcanzar el ordenamiento de la existencia individual y colectiva.

Inútil es el esfuerzo de Wilhelm Dilthey de oponer una positividad historicista al programa positivista-natural de las ciencias sociales.

El positivismo lógico primero, el racionalismo crítico después e incluso el más reciente neorrealismo crítico, se encargan de conjurar la amenaza diltheyana simplemente disociando las estructuras del conocimiento de las del sujeto cognoscente y de la realidad cognoscible y expulsando las últimas dos -de manera más o menos radical y según la ocasión- de su autocomprensión científicista.

Se constituye así un saber-se que ignora, un saber sin sujeto ni objeto que se construye a partir de una ausencia, de un inexpresable. Ciencia del hombre sin el hombre, ciencia de la historia sin historia, ciencia de la sociedad sin sociedad.

Eliminada la finitud, la labilidad del hombre y de sus instituciones y siendo acicatado por el ideal del racionalismo abstracto, cosmológico, indubitable y prometeico que cunde en los vastos dominios del saber-se modernista, las ciencias sociales se ven impelidas a la búsqueda de ciertas estructuras fundantes primigenias, o de universales regularidades empíricas. Y ello independientemente de que tomen el rumbo de la legitimación estructural-funcionalista o de la impugnación histórico materialista.

La primera empeñada en un esfuerzo por construir una ciencia holística desde los apologeticos parámetros de la legitimación modernista desarrolla unas ciencias sociales cuyas categorías giran en todo momento en torno al mismo problema: el problema del cambio de actitudes dominantes necesarias en el paso de una sociedad tradicional a una sociedad moderna, Dice al respecto Jürgen Habermas (1984):

"Con el concepto de racionalización Max Weber intenta aprehender las repercusiones que el progreso científico-técnico tiene sobre el marco institucional de las sociedades que se encuentran en un proceso de modernización. Weber comparte este interés con toda la vieja sociología: todas las clasificaciones bipolares desarrolladas en esta disciplina giran en torno al mismo problema: el problema de reconstruir conceptualmente el cambio institucional que viene inducido por la ampliación de los subsistemas de acción racional con respecto a fines. Status y contrato, comunidad y sociedad, solidaridad mecánica y solidaridad orgánica, grupos informales y grupos formales, relaciones primarias y relaciones secundarias, cultura y civilización, dominación tradicional y dominación

burocrática, asociaciones sacras asociaciones seculares, sociedad militar y sociedad industrial, estamento y clase, etc: todos estos pares de conceptos representan otras tantas tentativas de aprehender el cambio de estructura del marco institucional de una sociedad tradicional en su tránsito a una moderna. E incluso el catálogo de Parsons de posibles alternativas de orientaciones de la acción ha de ser incluido entre estas tentativas, aunque Parsons pretende, en efecto, que su sistema constituye una representación sistemática de las decisiones entre orientaciones de valor alternativas que el sujeto tiene que tomar en cualquier acción, con independencia del contexto cultural o histórico particular". (págs. 66-67).

El segundo reduce el proceso de la reflexión al plano de la acción instrumental, lo somete al modelo de la producción e ignora las diferencias entre el status lógico de las ciencias de la naturaleza y el de los saberes críticos. Así la cosmología racionalista abstracta y el ideal prometeico de la ética del trabajo y el progreso técnico penetran hasta los tuétanos la quizá más grande crítica de las ideologías que su haya formulado y aunque Marx haya establecido las ciencias del hombre en forma de crítica y no como ciencias de la naturaleza, jamás llega a considerar necesario justificar la teoría de la sociedad desde la perspectiva de la crítica del conocimiento. A este respecto, también nos dice Jürgen Habermas (1971):

"Marx concibe el movimiento social como un proceso de historia natural regido por leyes que no sólo son independientes de la voluntad, la conciencia y la intención de los hombres, sino que, por el contrario, determinan su querer, conciencia e intenciones (...) Para mostrar la científicidad de su análisis, Marx ha recurrido a su analogía con las ciencias de la naturaleza (...) :En un futuro la ciencia de la naturaleza será la ciencia del hombre, y a la vez será subsumida bajo ésta: no habrá más que una ciencia" (pág. 55)

Para Habermas, Marx parece ligar la historia de la especie humana a la historia de la tecnología:

"Mientras la coacción de la naturaleza externa siga subsistiendo en forma de escasez económica, toda clase revolucionaria, tras su victoria, será incitada a la injusticia, es decir, a establecer una nueva dominación de clase. Por eso la dialéctica de la eticidad debe repetirse hasta que el anatema materialista que pende sobre la reproducción de la vida social, la maldición bíblica del trabajo necesario, sea rolo por la tecnología". (Habermas, 1971; pág. 69).

Así, tanto en su versión crítica como apologético, las ciencias sociales se constituyen como acontecimiento de la modernidad en su desarrollo y expansión planetario.

Ante su construcción racional-liberal el pensamiento salvaje no tiene lugar como intérprete posible, sólo como criatura de museo u objeto de estudio. Nos dice Paul Feyerabend (1982):

"una sociedad racional-liberal (marxista) no puede contener una cultura negra en todo el sentido de la palabra. No puede contener una cultura judía en todo el sentido de la palabra. No puede contener una cultura medieval en todo el sentido de la palabra. Únicamente puede contener dichas culturas como injertos secundarios en una estructura básica determinada por una poco santa alianza entre la ciencia y el racionalismo (y el capitalismo)" (pág. 89).

A la aporía del saber-se que ignora, se agrega ahora la de la libertad de élite que limita, que pregonan las ciencias críticas del hombre: Si sólo la razón y su difusión nos harán libres, la sin razón debe ser reprimida y sus epígonos silenciados. Pero aquí ingresamos de lleno en el problema de las relaciones de las ciencias sociales y el Estado.

Las Ciencias Sociales y el Estado

Aún bien entrado el siglo XIX, las ciencias pugnan por conseguir el reconocimiento del Estado rivalizando con otros discursos e instituciones que minimizan el significado e aplicaciones del nuevo saber. En tanto una ideología entre otras, la ciencia cumple un formidable papel crítico develando las aporías de sus todavía respetables adversarios. Más con la modernización misma del Estado y la reforma universitaria de Napoleón su función se transmuta profundamente.

A este respecto nos ilustran Armand y Michelle Mattelart (1987):

"En el viejo debate entre naturaleza y racionalidad en el campo político, las filosofías de la historia, expresión de la voluntad metafísica en torno a un saber primordial, han legitimado, precisamente, los poderes centralizadores con pretensión científica y han acreditado su ideología del progreso" (pág. 152)

La reconfiguración modernista del Estado y su expansión conllevan un aumento de las necesidades de legitimación y justificación de su ingerencia en nuevos ámbitos de la vida. El Estado Napoleónico se lanza a la planificación administrativa de esferas de la vida que antaño pertenecían a la esfera privada, o más precisamente, la existencia total humana empieza a ser crecientemente concebida en términos de lo público y lo privado con una creciente invasión de lo primero sobre lo segundo. El socavamiento de las formas de legitimación tradicional demandan de modos alternativos modernos de organización pública del mundo de la vida. Se opera una politización de áreas de la vida asignadas antes a la esfera privada.

Nos dice al respecto Th. Me. Carthy (citado por Campos, Pérez y Rosabal, 1990; pág. 84):

"Por ejemplo, la planificación educativa (especialmente los planes de estudios), la planificación de la sanidad, la planificación de la familia, tienen el efecto de airear y tematizar asuntos que en otro tiempo se daban por culturalmente resueltos".

Las ciencias sociales se conforman en el proyecto del Estado moderno como formas de control e integración social que vienen a desplazar prácticas tradicionales como las familiares, las religiosas, e incluso escolares y médicas.

En este marco institucional del Estado moderno, las ciencias sociales se instituyen crecientemente en la conformación de un sujeto del saber técnico, que, en tanto representante de una cultura de expertos, desplaza ya no sólo a los sujetos del saber tradicional, sino también a los del saber filosófico.

Sobre este tópico afirma Ch. Lasch (citado por Campos, Pérez y Rosabal, 1990; pág. 85):

"La ciencia social debe su existencia misma al surgimiento de nuevas formas de control social. en épocas anteriores, el poder se rodeaba de excusas elaboradas y de defensas filosóficas del status quo. a medida que la religión cedió el paso a la ley como principal fuente de cohesión social, y la ley a la terapia, las clases gobernantes ya no intentaron reconciliar sus pretensiones con llamados a la legitimidad. Apelaron solamente a la autoridad del hecho sin ninguna mediación, no pedían que el ciudadano o trabajador se sometiera a la autoridad legítima sino que se sometiera a la realidad misma. Aquellos que ejercían el poder ahora desalentaban el estudio de principio de

sus orígenes. De aquí la declinación de la filosofía y el surgimiento de la ciencia social. Las nuevas formas de control no intentaban basarse en el superyó -la compulsión interna a obedecer- sino en el sentido de realidad del yo. A medida que la religión y la política cedían el paso a la nueva antirreligión de la salud mental, la autoridad se identificó no con lo que debería ser sino con lo que es".

El Estado se constituye así en piedra angular de un modo de pensamiento. Su crisis contemporánea no puede menos que ser pensada como crisis conceptual, crisis de ese modo de pensamiento en el que el Estado era su centro.

Pero para adentrarnos en este tema conviene que nos ubiquemos dentro de las coordenadas de nuestras realidades nativas de culturas híbridas y formaciones periférico dependientes.

Las Ciencias Sociales y la realidad Latinoamericana

Como disciplinas científicas, las ciencias sociales han surgido en nuestras formaciones periférico dependientes, desde las coordenadas del capitalismo monopólico industrial y merced a las peculiaridades de inserción de nuestras formaciones en el proceso de acumulación ampliada del capital a nivel mundial, como efecto trasplante o actualización y modernización reflejas (Ribeiro, 1970); parte de un proceso general de movilización forzosa e indiferente a las tradiciones culturales nativas en el que las concepciones y programas de las ciencias sociales propios de la sociedad posindustrial, han sido incorporados indiscriminadamente por nuestras estructuras educativas, laborales, de salud y de regulación social. Esto explica el que ciencias sociales como la psicología, quizá la que de todas ha logrado un mayor desarrollo profesional en nuestro medio, se haya constituido -como concluye un conjunto de psicólogos costarricenses a finales de los setenta- en una disciplina "carente de recursos cognoscitivos y proyecciones prácticas que le posibiliten ser factor eficiente de desarrollo social" (Brenes, Campos, Gola y otros, 1978; pág. 12), y muy por el contrario, haya devenido en praxis social potenciadora de la dependencia y el subdesarrollo estructurales de nuestras formaciones.

Hasta principios de los setenta, la práctica de las ciencias sociales en nuestro medio se encuentra sobredeterminada por las tendencias de un academicismo ensayístico -resultado en parte de la perspectiva humanístico academicista humboldtiana que da origen al proyecto de ciencias del hombre en la Universidad de Costa Rica y a las expectativas profesionales de la Universidad como principal fuente de trabajo- y un funcionalismo asistencialista -expresión a nivel del conocimiento de la progresiva compartimentalización y tecnificación del saber y su reordenamiento en los marcos de la concepción napoleónica del Estado y del conocimiento y, a nivel político, primero de los resabios culturales del otrora colonialismo europeo, y luego, crecientemente, del hegemonismo político y económico imperialista norteamericano en la región -que se materializa en un programa de intervención- ya en su origen altamente reduccionista, introspeccionista y naturalizante de lo social, monista y parcializante de lo autofflexivo, y pragmáticamente comprometido

con la dominación de clase, que es transplantado a nuestras formaciones desde los centros hegemónicos, ya bajo la forma de un organicismo clínico-paramédico, ya de un cientiricista y escéptico empirismo conductual.

Tanto en su versión organicista-paramédica como científico-empirista este discurso científico social insiste en problematizar la cotidianeidad latinoamericana desde el eje sociedad tradicional/modernidad y haciendo caso omiso de las concretas coordenadas espacio-temporales de nuestras híbridas culturas y en especial de los efectos de sentido y costo sociales que la dinámica de tal hibridación genera.

En ambas versiones, el efecto de modernización refleja delimita las condiciones, contenidos y logros de producción de los discursos sociales, inscribiéndolos profesionalmente en los campos laboral, de salud, comunitario, educativo o de adaptación social- dentro de la perspectiva modernizante del subdesarrollo dependiente.

Es merced a esta inscripción que nuestras ciencias sociales y quienes las practican, pueden ser presentados como instancias y agentes de cambio social, y enganchar sus carrmatos por los derroteros ideológicamente asépticos del progreso tecnológico y de potenciación del desarrollo nacional, y sin sentirse impelidos de asumir ningún compromiso político concreto en la dialéctica de la expoliación imperialista y la postergación étnica, sexual y de clase, propia de nuestras realidades periférico dependientes.

A pesar de lo cual, y por razones atribuibles a la ausencia de aristas de consenso hegemónico, no dejan estos programas de ser afectados en su desarrollo por la crónica inestabilidad política latinoamericana, sobre todo en el decurso de las universidades y el funcionamiento de los colegios profesionales.

En definitiva, nos la habemos, hasta mediados de los sesenta y principios de los setenta, con unas ciencias sociales que, constituidas en la escisión especular de la demanda modernizante del subdesarrollo, fundan su carta de nacimiento en la prohibición del acceso significativo a la comprensión crítica de los problemas vitales humanos en nuestras latitudes, de la toma de conciencia de su lugar en tal problemática y del aporte a su resolución.

Sin embargo, el clima antiautoritario mundial, y las luchas de liberación nacional y revolución socialista que sacuden al continente en las décadas sesenta y setenta, conmocionan el hegemonismo académico norteamericano en la región y ponen en crisis el asistencialismo técnico de las ciencias sociales en general y en particular el funcionalismo sociológico y el conductismo psicológico.

La reconfiguración del bloque contestatario académico popular -Cordobazo y Rosariazo en Argentina, Tlateloico en México, ALCOA y el Tercer Congreso Universitario en Costa Rica, entre otros-, delinean un nuevo programa cultural que dirige su atención a un resurgimiento regional del pensamiento revolucionario y académico europeo, en especial alemán y francés -Escuela de Frankfurt, Existencialismo Marxista, Anarquismo, y

Estructuralismo vía Althusser, Foucault, Barthes y Lacan-

Rasgos de este movimiento cultural vienen a ser los intentos de apropiación de teorías y técnicas de alto nivel científica para la comprensión de los procesos políticos, en especial del proceso ideológico; la ruptura con la escolástica marxista y la producción de modelos nativos de análisis tales como la teoría de la Dependencia en Sociología; la crisis de hegemonía del comunismo ortodoxo soviético y sus tesis sobre el carácter obrerista, economicista y partidista de la lucha revolucionaria y el surgimiento de una izquierda más autónoma, heterodoxo y atomizada proveniente de una gama que abarca desde el populismo socialdemócrata hasta el socialismo libertario del Gran Rechazo.

En el campo académico y profesional, rasgos de este movimiento cultural son:

- i. Crítica, reconceptualización y búsqueda de nuevas inscripciones del rol social que llevan a una renovación de la práctica técnica en los diversos ámbitos de programación social. Apertura a formas de trabajo comunitario en relación directa con las prácticas políticas, y muchas veces desde la condición de militantes en el movimiento popular.
- ii. Nuevos planteamientos teóricos en los que sobresale la reflexión acerca del marxismo en ciencias sociales aunque sin llegar a lo sustantivo del vínculo entre modernidad, progreso industrial, racionalidad científica y dominación monopólica capitalista imperial.
- iii. Un reclamo por reconfigurar los problemas, aplicaciones y beneficiarios del quehacer científico social, por los derroteros de un populismo asistencia; de compromiso con los pobres de la tierra, en especial, el subproletariado marginal de nuestra hipotrofiada industrialización.
- iv. Un diálogo freudomarxista que toma la forma, ya de un sociologismo analítico que mezcla postulados y principios del marxismo con consideraciones dinámicas y terapéuticas del Psiconálisis, en una profilaxis populista -sobre todo en México y Argentina- ya de una reflexión metacientífica y académica de crítica de la cultura, bajo la influencia de la Escuela de Frankfurt.
- v. El influjo del estructuralismo en general, y de las obras de De Saussure, Levi-Strauss Lacan y Foucault en particular, que -oscilando desde un inicio entre la opción revolucionaria y el academicismo apolíticolleva a la depuración conceptual, la delimitación de objetos de conocimiento, y la incorporación de modelos lingüísticos y de procedimientos algebraicos, en el análisis e intervención (praxis) antropológica, sociológica y psicológica.
- vi. Una reorganización de la enseñanza y la formación de los científicos sociales sobre ejes de crítica a la función técnico asistencia; y la sustitución del ensayismo por la investigación crítica.

Sin embargo para los ochenta, el giro neoconservador y neoliberal que se

experimenta en el mundo de la vida -y que lleva al decreto de desahucio de] Estado de responsabilidad social en el que se habían constituido las ciencias sociales y con ello a un reordenamiento en la lógica de legitimación del sistema que afecta profundamente los programas de asistencia y seguridad social, caldo de cultivo del desarrollo de las ciencias sociales en las décadas anteriores- conduce a un descrédito creciente de la orientación crítica que aquellas habían tomado una década atrás.

Y es que si bien desde su inicio las ciencias sociales se desarrollaron en la tensión de los requerimientos técnico-instrumentales que le demandó su inserción orgánica estatal, y su esencia autorreflexiva emancipatoria, ahora son interpeladas exclusivamente en su competencia como depositarias del saber técnico.

A modo de epílogo: el reto de las Ciencias Sociales

Con el final del Estado de responsabilidad social las ciencias sociales se ven impelidas en procura de nuevos mercados laborales, a una mayor diversificación profesional y a privilegiar su saber técnico sobre su interés crítico. Así, hoy más que nunca las ciencias sociales encarnan el ideal modernista de la compartimentalización de ámbitos y la formación de una cultura de expertos.

El impacto de todo esto a nivel académico es innegablemente un mayor distanciamiento del pensamiento filosófico y de los enfoques globales y una mayor demanda de la formación en microteorías, técnicas e instrumentos para operar en ámbitos muy singularmente delimitados de la realidad.

La generación de investigación autofinanciada en el terreno de la transferencia de tecnología social y no de la crítica de las ideologías particulares y globales, constituye, con el disciplinarismo o compartimentalización de espacios, los principales retos que las ciencias sociales deben enfrentar para su sobrevivencia en este terreno.

Futuro que, con todo, no deja de estar cuestionado por el pensamiento neoconservador radical que, desgajando la ilustración cultural de la modernización socioeconómica, acusa a aquella de los males que de ésta se generan (Foster; Habermas; Baudrillard y otros 1983/1988) y formula como alternativa a la modernización del mundo de la vida, la vuelta a su organización sacramental y el rescate de las tradiciones familiares y vecinales.

En tales condiciones al pensamiento crítico sólo le es dable sobrevivir si se pone en sintonía con los cambios que se experimentan, adoptando una perspectiva Pluralista que acepta la fragmentación de ámbitos a la vez que reconoce las múltiples combinaciones de lo tradicional y lo moderno. Una perspectiva desde el más allá de la modernidad, una perspectiva posmoderna entendida, no como etapa del decurso de la autoconstitución humana sino como problematización del proyecto de la modernidad y de los equívocos que generó con las tradiciones que pretendió reducir o superar. La relativización posmodernista de este proyecto, y en especial de su fundamentalismo racional-evolucionista y

compartimentalizador constituye la premisa de una perspectiva más amplia que permita abarcar, ahora sí, las diversas interacciones e integraciones entre los niveles, géneros y formas de la sensibilidad colectiva, la construcción de una incierta certeza de que no hay dogma, no hay fundamento absoluto que proscriba la duda y la innovación. (García Canclini, 1989).

Es desde ahí que cabe preguntarnos sobre las posibilidades de reconstrucción de una teoría social no sustancialista y de cuestionamiento a las pretensiones fundamentalistas del neoliberalismo tecnocrático por constituirse en dogma de la modernidad.

Como afirma el antropólogo Néstor García Canclini en su reciente libro *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad* (1989), por ahora el problema de la totalidad lo podemos olvidar sólo si viendo las diferencias no olvidamos las desigualdades.

Bibliografía

1. BRENES, Abelardo; Armando Campos; Carmen Cola y otros; Proyecto de investigación: La profesión de psicólogo en Costa Rica. Mayo 23, 1978 (material mimeografiado).
2. CAMPOS, Domingo; Rolando Pérez y Mariano Rosabal; 'Identidad profesional e institucionalización de la psicología en Costa Rica: crítica e interpretación histórica'. En Revista de Ciencias Sociales. No.47. Costa Rica: Universidad de Costa Rica, 1990.
3. FOSTER, Hal; J. Habermas; J. Baudrillard y otros; La Posmodernidad. México: Editorial Kairós. 1983/1988